

Santa Marta, la ciudad a la orilla de un mar de agua y sus islotes de sed

Los perros flacos con sus pelusas bien mugrientas, recorren las mismas calles, se tumban— sin ganita— sobre alguna esquina, siempre por ahí, con los ojos fundidos, narices muy secas, las colas atadas entre sus patas despatarradas, moscas—y más moscas— mariposeando sobre sus panzas, revoloteando sobre esos culos sin raza definida, y afuera las lenguas rosadas delgadas y muertas, buscan el chorro, inventan la manera de lamer el chorro; aunque esta mañana— bajo este sol que no supera los 40°— los perros vagabundos beben del charco que de alguna manera es la única opción que han tenido sobre algún rincón de esta ciudad.

Aquí, a los samarios, salirle agua del grifo todos los días no es un cliché, es toda una metáfora alrededor del mar.

Santa Marta es un puerto o una ciudad que se parece como a ninguna otra: el mar por delante con sus playas atiborradas de cuerpos, palmeras y cocos. Una capital ilusoria que se muestra para convencer al mundo que merece ser hallada, y olvidarse de todo el resto. Atrás los barrios anclados, arrinconados, con una esperanza de quienes lo habitan: que no depende de ellos porque toda ilusión siempre corresponde a la decisión ajena de los que gobiernan para que algunos pocos gobernados cobren el efecto de celebrarla.

Santa Marta es la primera ciudad en ser bautizada en América: vieja, algo presuntuosa, aunque siempre atractiva; ahora, esta mañana, el calor de perros.

Los vendedores que rodean el hotel donde me hospedo están al acecho de cazar a cualquiera que se delata con un idioma, con el rostro que levanta supuestos de los locales por saber del país que proviene, al salir a las calles de una ciudad ajena y seductora: un turista se nota, se impone, aunque esa no sea su intención.

Jota Colorado

En los próximos días no quiero ser solo un turista. Seré, de algún modo, un turista con ojo caprichoso.

Hace calor, mucho calor. Salgo del hotel y me dejo seducir, me hago el convencido, escucho, me asombro.

—Playa Blanca, Playa Grande, patrón venga negociamos.

El turista decide ir al lugar paradisíaco con la intención de solo ver, nada más, lo que el turismo le ofrece y le convenga mostrar. Porque, entre tantas otras cosas, el turismo está, también, para ser el muro de lugares que otros no quieren que veas.

—¿Cada cuánto llueve por aquí?

—En este invierno llueve, sí señor, y en el otro también—. Me bota el chiste el cajero del restaurante sin romper caja.

Aquí en la Minca, llegando a la Sierra Nevada de Santa Marta, hace un clima tropical. El corregimiento reposa sobre montañas madres, imponentes, a 14 kilómetros de la Perla de América.

Es una cuna que sobrepasa los mil habitantes. Se levanta de casitas disfrazadas de hostales, tiendas, bares, y cafés.

La Minca es un lugar que se desborda de turismo sobre su calles angostas, quebradas y sinuosas. Aquí vienen brasileños, argentinos, franceses, chilenos, austriacos, estadounidenses, peruanos, puertorriqueños; y los minqueros se atiborran de lenguajes, idiomas, y esas cosas.

Llamémoslo Ramón. Ramón es minquero, tiene su bigotito recién peinado, es amable. Está detrás del mostrador del restaurante que atiende. Me cuenta que en la Minca hay un acueducto de hace más de 35 años y que aquí siempre sufren por agua.

Jota Colorado

— Lluve una vez, dos veces al mes. Este año ha sido muy veranoso.

Mientras tanto, afuera, la lluvia cae lenta:

— Por el agua siempre sufrimos. Y ese acueducto que le cuento era como para unas 15 casas, ahora hay 400.

Los minqueros se quejan porque no hay control sobre el desborde turístico que los azota.

Por lo menos, al día, mil turistas ingresan al corregimiento cuando la temporada llega a su pico. Casi la misma cantidad de la población minquera que lo habita por “mucho turismo”— dice Rosalba—“mucho pueblo”:

—Aquí los hoteles deben tener agua por regla de tres.

A Rosalba los crespos le escurren sobre sus pechos. Treinta y tantos, piel canela. Hoy está en el turno de atender la tienda familiar. Cuenta que para la comunidad minquera el agua se evapora cuando empiezan los viajeros a llegar: uno de los huéspedes en la Minca esta tarde —por ejemplo—es un yankee que lleva sandalias.

—¿Y cuánto llevas así con tu familia?

— Toooda la vida—. Y se ríe como si yo no lo supiera.

Para Rosalba es caer en un hecho común. Para un turista caprichoso, el efecto es asombroso, inquietante, incomprensible; para un visitante sin ánimo de no ver otra cosa que el paisaje no le importan estas cosas:

— Porque siempre ha sido el mismo mecanismo: poquita agua, poquito acueducto, y hay que ponerla por sectores. Por la mañana pa’aca, por la tarde pa’ alla. Entonces recoja agua y tenga ahí.

Ocurre un choque — o un shock— cultural cuando le pregunto por los tiempos más duros que padecen:

—En verano—contesta.

Jota Colorado

—No, me refería en cuanto al turismo.

—Ah, eso sí siempre cada vez peor.

Cada vez peor, dice. Aparece Constanza por detrás de Rosalba y se entusiasma:

— La capacidad de la zona no está pa' tanto. Porque esto se pone los fines de semana jum...usted ni se imagina.

Y Rosalba la interrumpe:

—Cuando hay mucho turismo se supone que cierran la entrada, hay trancón de gente y todo.

Un turista—el yankee—no sabe estas cosas porque el turismo solo le convence de venir por la postal.

—¿Usted no oyó en el noticiero que van a coger agua del río Don Diego para abastecer a esta ciuda' sin agua?

Me pregunta, ahora, exaltada la señora Inés mientras organiza la palangana que rebosa de cocadas hechas a base de guayaba, papaya, leche y panela, ajonjolí, maní, y "coco relleno, dice, hay coco vacío, tamarindo para que se le ponga grande y lindo...Los ojos".

Inés lleva 30 años vendiendo Cocadas entre Santa Marta y Buritaca. Las piernas flaquitas—el cuerpo—la tez negra, el pañuelo como adorno en su cabeza, el rostro débil, y cada palabra que pronuncia le baila tan clara y cómoda en sus labios gruesos y pesados.

Inés vive aquí en Garagoa, en una casita menuda, con su familia y su esposo, y lleva diez días sin agua, porque la quitan, dice, "para ponerla al otro barrio y que el turista vea que hay agua"; incluso este año hay mucha reticencia, no cree en la política, no sabe quién tiene la culpa de todo esto—dice—cada uno busca la forma de conseguirse el agua, y que el otro día cuando el camión cisterna llegó al barrio todos los vecinos hicieron la fila, se

Jota Colorado

armó el brinco porque al parecer un fulano se coló, y uno de los vecinos sacó una piedra, se la pegó fuerte al fulano en la cabeza y lo mató.

—El turista siempre es una ayuda pa' uno.

—Pero es paradójico, porque venimos, y por nosotros, te quitan el agua—le digo. Ella sonrío, casi apenada.

Colombia es una patria en el ojo del turismo en Sudamérica después de eso que llaman “los expertos” algo como el ¿Pos-conflicto? Cerró el pasado año en 10, 4 %, es decir: vinieron 4,3 millones de extranjeros. Dobló la regla del turismo, y representa el 2, 1% en el PIB. A Santa Marta le ingresaron más de 250.000 turistas: las cifras, sin embargo, a su vez son una improvisación, un disparate. *Atribución.*

El turismo es la capital de concentración de masas en lugares comunes que ofrece la imagen romántica a través de la experiencia. Es la única empresa mundial que nunca ha fracasado durante siglos; ahora con los nuevos cambios en su producción se han fortalecido gracias a las redes.

Había cruzado unas palabras, unos minutos antes, con Ramiro, un rolo que vino a pasar las vacaciones con su esposa y su hijita. Y su respuesta es suficiente:

—¿Sabes que esta ciudad está en calamidad pública?

—¿Calamidad pública? —me preguntó con ímpetu.

Dicho de otro modo: saber es saber.

En la primera ciudad de América el 24 % de las viviendas todavía no tiene alcantarillado y el 81 % carece del servicio fluvial. La primera ciudad de América necesita 2.500 litros de agua, y la abastecen las plantas Mamatoco y El Roble con 1.108 litros por segundo. Carece de 1.500 litros, pero no los tiene, no sabe de qué manera saciarlos. La primera

ciudad de América tiene la montaña más alta del país y sus ríos Piedras, Manzanares, y Gaira, no le son suficientes. A la primera ciudad de América por la desesperación algunos vivos construyen talanqueras sobre los ríos para desviar el agua y unos pocos barrios celebran la astucia por un servicio que muchos, en otra parte, no solo desperdiciamos, sino también lo damos por obvio; pero en Santa Marta el agua no es una obviedad, es una pena. A la primera ciudad de América le perforaron más de 50 pozos para abastecer a los locales, pero el hueco es impreciso, el fondo de la necesidad es más profundo que eso. ✓

Me dirijo a Fondos de Agua de Santa Marta y Ciénaga, allí me atiende Lina Barbosa, una joven Bióloga bogotana, con piel humectada, manicure impecable, sus ojitos claros. Es la gerente. Hablamos en su oficina; me cuenta que los ríos que abastecen a la ciudad disminuyen un metro cúbico por segundo y que las pérdidas en el sistema de acueducto logran que el 70 % de agua se pierda entre los recovecos de la tubería que resisten bajo la ciudad.

—Está asociado a las averías en las tuberías, pero, también, a conexiones ilegales tanto antes y durante la captación de agua.

Cuenta que en los últimos meses no ha llovido en forma. Por lo tanto, no hay captación de agua para el recurso hídrico.

—Estamos en una zona vulnerable a cambio climático. Cuando hay sequía las consecuencias sociales y económicas son gigantes para el desarrollo y bienestar de la comunidad. Pero cuando hay mucha agua estamos propensos a inundaciones.

Entonces le digo que anoche cayó un aguacero en el Rodadero. Las calles de la manzana del hotel donde me hospedo se inundaron. El agua me daba sobre los tobillos.

Jota Colorado

— Es que el desabastecimiento no es el único problema que tenemos. La cobertura del alcantarillado—y también fluvial— es precario. La ciudad se inunda.

Me dice, y que la ciudad tiene un acuífero de fácil acceso, el cual se alimenta de los ríos Manzanares y Piedras. La sobreexplotación del acuífero en tiempos de sequía es un descontrol, casi el 90% de la gente se puede abastecer de agua subterránea. Cuando la ciudad la declaran en calamidad, la cual está por estos días, “se habla de abrir nuevos pozos. Por cada un pozo hay de dos a tres ilegales”.

—Además, el sector hotelero—dice—depende demasiado del agua. La sensación de los locales es que muchos del sector productivo se han beneficiado más que las poblaciones vulnerables. Hay barrios que de 3 a 5 de la tarde tienen agua y el resto del día no. La continuidad del servicio son 19 horas cuando deberían ser 24.

Para empezar, la ciudad está sobre un acuífero, si en unos años se encuentra sobreexplotado, la ciudad podría hundirse. Lina me pone el ejemplo de la Ciudad de México, la cual se hunde cada año entre 8 y 12 centímetros.

Lina vive en Los Cocos, una zona privilegiada de la ciudad, pero hay días que pasa sin agua, aunque la administración tiene cómo comprar los camiones cisterna. El otro día, en su apartamento, al sacar sus blusas favoritas de la lavadora les notó una mancha café:

—Me pasa, me pasa, tengo que volver a lavar.

El sol sale por mi espalda. Hay una pandilla de loros que se refugia en un árbol cerca del hotel donde me hospedo. Cantan sin cesar, vuelan, hacen piruetas, van y vienen, cuchichean, es toda una fiesta de parlones.

Las calles son alfombras para turistas que, esta mañana, paseamos. Se entusiasman, nos entusiasmamos: ser turista es asumir otra identidad mientras el viaje se estira. El turismo

te permite ser desobediente, casi producir efectos que no podrías en tiempos de laburo; porque el viaje te transforma en la persona que querrías ser: de algún modo en ocioso.

—Usted sabe que en el fuego los minutos son importantísimos porque en escasos segundos se puede quemar un continente.

Me advierte Nivaldo Cera, el jefe de nómina del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Santa Marta, el cual cuenta con 38 hombres en su planta, pero 12 son voluntarios de apoyo. Tienen para la operación “tres vehículos, nada ma’”, dice.

—¿Esta estación qué zonas cubre? —le pregunto.

— Toda la ciudad de Santa Marta y sus alrededores.

Entonces me asombro, hago silencio. Nivaldo se ríe:

— Es la única estación de esta ciudad. Mire que usted se está extrañando con lo que le digo. Usted se imagina salir a una emergencia en hora pico: aquí el que conoce las zonas de Mamatoco, La paz, el aeropuerto, cuando nos toca salir con las máquinas nos encontramos la cantidad de vehículos, motocicletas, semáforos en rojo, peatones y, sin embargo, con todas esas inclemencias antes de llegar—dice— hay que atender, y en caso de que no haya un hidrante por ahí alrededor, toca que vaya otra máquina para abastecer el tanque. Mire usted.

No sabía que la ciudad del siglo XVI tiene una estación de bomberos—una, digo— en sus quinientos años. En las circunstancias más perversas los bomberos se quedan con la “manos en el aire” porque el agua de los hidrantes está agotada.

—Hay muchos incendios donde necesitamos obviamente del líquidopreciado y no nos podemos abastecer de los hidrantes que en algunos barrios existen, porque llegamos

Jota Colorado

donde algunos no sirven, y otros no tienen la presión, el volumen, para llenar nuestras máquinas.

Me cuenta el capitán Ricardo Chaín Muñoz en su oficina a la que le cuelgan de las paredes fotos de hombres jóvenes y viejos. Más tarde me enseñará a su padre en una fotografía quien falleció hace cinco años que es, para él, su ídolo junto con su hermano quien comanda la estación. Sobre su escritorio hay todo tipo de calcomanías, tortugas con overol y casco, hidrantes de ocho centímetros, juguetitos alusivos y nada ardiente.

—Para nosotros es gravísimo. Hay que hacer todo tipo de maniobras y maravillas: a veces nos toca coger el agua de las albercas de las casas. Hay momentos que nos quedamos con la manguera en las manos viendo el incendio.

Al barrio Juan XXIII se llega de repente. Los columpios de los niños por pedazos, las matas secas, algunas casas con cortinas y tejas desgastadas, las señales de tránsito muy decorativas. Ariel trabaja vendiendo ceviche; no mide más de uno sesenta, cincuentón, moreno, bigote descuidado, vive aquí con su esposa y las hijas de su esposa. Señala que hay una alberca comunitaria en lo alto del barrio, como en tantos otros, y que la alcaldía les suministra el agua dos veces a la semana y que con eso hay gente que pasa trabajo. Pero él no la usa porque hay gente que se pelea por el turno cuando llega el carrotanque. —Yo no me meto ahí en la fila. Hay gente de mala calaña. Además, esa agua es sucia, no es de buena calidad. Esa alberca permanece abierta y todo.

Él sobrevive con su alberca, pimpinas, tanques, que tiene en su casa, y con el agua que le llega una vez por semana, con eso tiene por quince días.

—Pero al vecino que se le acaba el agua antes de la semana, tiene que ir a comprar el galón o la bolsa de agua.

Jota Colorado

Aquí una bolsa de agua de 6 litros cuesta \$3.000. Pero un galón, me dice Ariel, de ni sé cuántos litros, le cuesta "25 mil barras". Y que compró ese galón en tres ocasiones cuando estuvo, sin agua, durante un mes.

—Y el recibo me llega por \$50.000, imagínate.

Taganga es un rinconcito de un poco más de tres mil habitantes. Sobre la calle que da al mar hay una carreta apiñada de pimpinas desocupadas de todos los colores con unas iniciales: SVG. Me encuentro al hombre que se le desborda la panza, ordena a Pedro a ponerles cabuya.

—Yo compro el agua del carro tanque en Santa Marta. Me la descargan en mi casa y me la traigo en pimpinas y las vendo aquí para el comercio a mil pesos.

Me contesta Santander Vásquez, y que tiene 300 pimpinas pero que esta mañana solo bajó, desde su casa, unas 120 cargadas de agua.

—A mí me cuesta \$140.000 el carrotanque. Es de más o menos unos 12.200 litros— responde con orgullo.

No es mediodía todavía aquí en Taganga, y las carnes aletean bajo bikinis, los pechos orgullosos se desbordan, los cuerpos brillan por el aceite bronceador, el sol con sus pulpos de rayos de luz intenso, nos traviesa, quemándonos, si acaso los huesos. Una mujer se bebe con deseo la piña colada que le acaba de comprar al moreno insistente caprichoso; las niñas se toman la selfie, y el mar por delante silencioso que viene y se rompe con las rocas. Veo a Santander perdiéndose cuesta arriba con su carreta.

Ser turista es evitar mirar lo que muchos no quieren que se sepa; incluso, cuando alguien ya lo sabe, constantemente, se hace el tonto:

—Digan whisky: ¡Flash!